

CAPÍTULOS GRATUITOS

Deseos encontrados

Oscary Arroyo

*Dedicado a la única persona que
siempre he soñado con impresionar.*

Para ti, papá.

Aunque en un principio no las quise, llegó un momento en el que deseé dar marcha atrás y actuar de un modo diferente. Ese también fue el instante en el que descubrí el verdadero valor de lo que había perdido y mataría por recuperar.

«Te presenté dos opciones, Nathan: ganar a corto plazo, y perder a largo o ganar a largo plazo y perder a corto. Tú elegiste la primera, ahora asume las consecuencias», me había recordado Rachel.

¿Cómo serían las cosas si mi elección hubiese sido la segunda?

Probablemente estaría amándolas y compartiendo cada día de mi vida con ellas.

PRÓLOGO

RACHEL

—¡Eres un cerdo asqueroso! —grité todavía sin cubrirme.

De no ser por mi gran, enorme enojo, tendría frío.

También si no fuera por eso, me acomplejaría al ver mi desnudez en el espejo. Había gastado mucho de mi dinero al comprar lencería bonita para cada una de nuestras citas, a la espera de que esa terminara siendo en la que perdiera mi virginidad. En realidad, este modelo específico, blanco, de encaje, con pequeñas perlas bordadas había sido escogido por una de las dependientas para la situación. «El blanco es perfecto para ti», había dicho la mujer; «es tan puro e inocente como tú». Recordarlo elevó mi ira. Lo patética que me sentía usándolo cuando hace tan solo unos minutos me decía a mí misma que me veía bastante bien.

Durante el nuevo huracán de ira miré a Thomas por debajo de mis pestañas.

Aún era tan apuesto como el chico que me había llevado a mi primera cita en el cine del pueblo en el que vivíamos, donde había rentado una sala solo para nosotros dos con el fin de que nadie pudiera molestarnos. El que me dio mi primer beso justo antes de que lo presentara ante mi familia como mi primer y único novio hasta ahora.

Mis primeras flores.

Mi primera caja de bombones.

Mi primera caminata por la playa con las manos entrelazadas.

Lo vi todo en mi cabeza como una sucesión de escenas que recién en este momento me daba cuenta de lo baratas y de mala calidad, falsas, que lucían. Tantas primeras veces que solían ser genuinas, arruinadas porque decidió meter su pene en otra. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Solía adorar sus pecas, contarlas cuando usaba mis piernas de almohada, inclusive me gustaba la torcedura de su nariz por una caída desde la cima del lomo de un caballo que había tenido de niño. Ahora lo único que veía cuando lo observaba era un tatuaje del rostro de la zorra de Sierra Thompson sobre el suyo, junto con alertas de ETS. Nada del chico dulce con el que había pasado gran parte de mi adolescencia e inicios de mi adultez.

Él había quedado escondido debajo de alguna verruga maloliente con pus.

—¡Lo siento! ¡Quería estar preparado para ti! ¡No sabía una mierda de sexo, Rachel!
—lamentó luciendo miserable, lo cual no dudé de que fuera cierto. Era comprensible tomando en cuenta que, junto conmigo, acababa de perder una fuente de ingresos de ocho cifras segura de por vida—. Solo quería saber cómo satisfacerte para cumplir con

tus altas expectativas, que te recuerdo que son la razón por la que nunca hemos hecho una mierda. Mientras mis compañeros obtenían una mamada de sus novias por debajo de la mesa en McDonald's, yo tenía que estallar de felicidad por poder sostener tus bolsas en el centro comercial. —Bajó aún más la voz—. Odiaba acompañarte a Victoria's Secret. —Le dio un golpe con el puño al colchón—. ¡No puedes presionar tanto a un hombre sin esperar que se quiebre!

Dejé caer mi mandíbula hacia abajo con indignación.

¿Ahora la culpable era yo?

—¿Aprender, Thomas? ¡¿Aprender?! —chillé—. ¿Para eso era necesario engañarme? ¿No hay libros para eso? ¿El *Kama-Sutra* te suena de algo? —La expresión de su rostro me dijo que no sabía de lo que hablaba—. ¿Olvidaste los perfiles informativos sobre sexo en Instagram? ¿Google? ¡No eres pobre! ¡Podías pagar una consulta con el mejor sexólogo del planeta y verlo en el desierto si haberte guardado para tu novia de toda la vida, a la cual amabas y con la que pensabas planear un futuro, tener una familia, te ocasionaba vergüenza! —Froté mi frente, mis manos temblando, en búsqueda de la razón por la que estaba razonando con él—. No creo que la investigación haya sido una excusa para la infidelidad alguna vez; ¡yo habría aceptado ir con un sexólogo o a una visita guiada a un burdel si hubieras puesto en manifiesto tu miedo a no saber cómo actuar!

—Rachel... sabes que no soy el más inteligente bajo presión.

—¡No intentes justificarte!

—¡No lo hago! —grité impidiendo mi partida robándose uno de mis zapatos.

—¡Acabas de decirme que estuviste con otra!

—¡Lo hice, nena, pero no es lo que...!

Grité.

Grité como nunca. Grité cansada de sus excusas, hasta que sentí protestar a mis propios oídos. Grité tan fuerte que probablemente la vajilla de su mamá, esa que había prometido darnos como regalo de bodas, estalló en pedazos. Yo no estaba loca. Sabía a la perfección lo que me había susurrado mientras se ponía un condón y lo que ello significaba. No conforme con atormentarlo con mis chillidos, una fuerza sobrenatural se apoderó de mí, y bajé uno de sus caros y feos cuadros de la pared. Se lo lancé y lo hice añicos a solo unos centímetros de sus pies, seguido de su estéreo de miles de libras y una colección entera de fotos familiares. Thomas saltaba como si estuviera en un videojuego mientras intentaba darle en la cabeza. Trataba de calmarme diciéndome que Sierra, mi rival desde que se había atrevido a empujarme por los toboganes del parque de la escuela por tener un lazo más lindo que el suyo cuando éramos niñas, no había significado nada. Solo detuvo toda la basura cuando tomé uno de sus preciados premios de segundo lugar de remo de la estantería. La pequeña bolsa de excremento nunca obtenía un primer lugar, por lo que solía consolarlo durante días, pero aun así sus trofeos de segundón eran su punto débil.

Una sonrisa siniestra se apoderó de mi rostro.

—Rachel, por favor, no lo llesves a los extremos...

—¿Crees que susurrarme al oído que has estado con otra a segundos de entregarte mi virginidad no merece que lo lleve a los extremos? —pregunté con voz dulce.

Sus hombros cayeron como si finalmente captara que no había vuelta atrás.

—Sé que cometí un error, pero lo nuestro es más fuerte que esto. Lo superaremos. Ambos estamos de acuerdo en que no debí decírtelo así. —Hizo una pausa para que su cerebro pudiera formular sus siguientes oraciones. Mientras más tiempo pasaba, más me preguntaba a mí misma cómo había estado tan ciega confundíéndolo con mi príncipe azul—. Lo lamento por eso, nena; me sentía muy mal. Me estaba consumiendo. No es mi culpa que cada vez que me veas sienta que lo haces a través de mí. —Terminó arrodillado frente a mí, abrazándose a mis piernas; con sus ojos todavía fijos en el trofeo—. Te prometo que si me perdonas, haré todo lo que esté en mis manos para hacerte la mujer más feliz del planeta. —Al no oír respuesta, siguió intentando ganarme con palabras que con seguridad había escuchado en alguna película. Sinceramente las posibilidades de que ocurriera eran más bajas que las de que un elefante pasara por el hueco de una aguja—. Haré lo que sea por ti y por lo nuestro, bebé.

Acaricié su cabello antes de jalarlo con fuerza y alejarlo.

—¿Castrarte, por ejemplo?

Tragó mientras asentía.

—Te juro que Sierra fue una aventura y que solo aprendí para ti —me dijo con ojos llenos de lágrimas; no sabía si eran por miedo a lo que pudiera sucederle a su trofeo o al patrimonio de su familia—. Además, no pudimos terminar porque su prima llamó a la puerta. No estoy completamente usado, cariño.

Tomé aire.

—Está bien.

Las comisuras de sus labios temblaron.

—¿Me perdonas?

Asentí.

Por supuesto que debía perdonarlo.

Debía perdonarle haberse acostado con mi rival, con la persona que había hecho mi vida miserable desde niña, porque sus intenciones eran educativas. Lo próximo que haría sería enseñarme la certificación de Sierra como profesora. Casi me eché a reír. Él debía estar volviéndose loco. ¿Cómo pretendía que lo disculpara porque no llegó al orgasmo? ¿Con qué clase de hombre había pensado compartir mi vida? ¿Cómo siquiera podía hablarme? ¿Mirarme?

—Sí. Te perdono —sentencié dándole su trofeo; una pequeña ola de oxígeno que alimentaría sus esperanzas—. Te perdono porque sé que no vale la pena que, tras salir por esa puerta, sienta el más mínimo sentimiento hacia una escoria como tú. —Tomé

mi zapato de su mano mientras permanecía en estado de *shock* por mis palabras. Nunca nadie le había hablado con tanto desprecio. Era el niño rico más adorado de Cornualles—. También porque tus padres no merecen sufrir las consecuencias de tus acciones. Ambos sabemos lo que haría mi padre si se enterara de lo que le hiciste a su princesa. —Mis labios se curvaron mientras ambos pensábamos en lo mismo: el precio de meterse con Lucius van Allen—. En lo que a los demás concierne, terminamos porque te irás a vivir de forma definitiva a Londres por la universidad, lo cual harás, ya que no tengo en mente cruzarme con tu horrible rostro de nuevo. —Mi sonrisa se ensanchó. Él no podía decir que no—. No te puedo prometer que en el futuro no enfurezca al recordar cómo me humillaste y decida vengarme, así que si fuera tú, me esforzaría en complacerme y no hacerme enojar.

Thomas, resignado, retrocedió.

Los Williams poseían una compañía de transporte, y la mayor parte de sus contratos provenían de las villas y los cultivos de vino de mi familia. Los amigos y socios de mi padre estarían dispuestos a cerrarles las puertas solo para complacerlo. Si Lucius se enteraba de que Thomas había denigrado a su hija, al apellido Van Allen en sí, sería capaz de arruinar a los Williams. Empezaría despojándolos de sus influencias en Cornualles y terminaría llevándolos a la quiebra, pero yo no era capaz de dañar la vida de sus padres y hermanos por él.

No estaba mal hacerle pensar lo contrario, por otro lado.

Terminé de vestirme en medio de un silencio sepulcral que agradecí. Me dispuse a retirarme y cogí mi bolso, el cual hice pasar por la estantería, arrojando todos los trofeos al suelo. Antes de cruzar el umbral le di una última mirada por encima de mi hombro. Estaba sentado en el borde de la cama con el rostro oculto entre las palmas, seguro preocupado por las consecuencias que su infidelidad podría traer, ni siquiera consciente del cristal roto a sus pies.

«Que se pudra», pensé.

Importándome muy poco las miradas curiosas y los cuchicheos de los empleados, tras pasé los jardines hasta el Lamborghini negro de Loren. Los neumáticos del auto de mi hermano chirriaron contra el asfalto cuando arranqué. Aproveché el viaje en carretera para subir el volumen del reproductor y acelerar a fondo. La velocidad y *Love The Way You Lie*, de Eminem y Rihanna, sirvieron para relajarme. A medida que la letra avanzaba una parte de mí me consolaba diciendo que había sido lo mejor, mientras que la otra no paraba de sangrar por la herida. En realidad, no me afectaba perderlo, más allá de lo que me importaba perder un arete en la playa. Me criaron para desechar lo que no servía e ignorar lo que carecía de importancia, así que el duelo, la parte en la que todas las chicas sufrían y lloraban, era pan comido para mí.

El problema estaba en que también me habían criado para ganar.

Mi ego estaba herido a niveles indescriptibles, lo cual era un asunto completamente diferente que tener el corazón roto. Había visto antes a personas que sufrían

situaciones parecidas y conocía la forma en la que su mundo se agrietaba; cuando estaba llegando a casa, acepté que eso no me sucedía. Extrañaría a Thomas, no lo iba a negar, pero no sentía ganas de retorcerme por su pérdida; sí porque lo había hecho con ella, mi rival, y por la humillación, así que sería algo de lo que me recuperaría pronto. También debía admitir ante mí misma el motivo por el que había empezado a salir con él en primer lugar, por muy mal que me dejara ello. Él había sido lo que todas querían y representaba una buena alternativa a mi futuro, así que lo tomé. Algún día tendría hijos, necesitaría un donante, un padre; de ahí que nunca estuviera demasiado emocionada con respecto al sexo. Para mí era un medio para un fin, por lo que no me sentí presionada hasta que lo atrapé viendo a alguien más en la piscina del club de uno de nuestros amigos. Tampoco podía negarme las experiencias de otras chicas.

Quería pasar a través de ellas luciendo el mejor anillo, teniendo la mejor luna de miel que contar.

El mejor vestido de novia.

La aprobación de mi familia.

Thomas simplemente estaba ahí, cumplía los requisitos, así que ¿por qué no? Al estar con otra, no rompió mi corazón, solo hirió mi ego. Yo todavía sentía que tenía un suelo sólido bajo mis pies, pero este no hacía más que temblar y temblar por la ira.

Alguien sería víctima del terremoto Van Allen pronto.

a

Pasados quince minutos de camino rural, vi el portón que indicaba el comienzo de Dionish. Este se abrió cuando el vigilante reconoció la matrícula del auto de Loren y vio a través de las cámaras que era yo quién lo conducía. Conduje por más de dos kilómetros sobre la pista de piedras, la cual estaba rodeada de arbustos de uvas, hasta que mi hogar apareció a la vista. Estacioné en el garaje y entré; mis movimientos en automático hasta que mi pie pisó por accidente uno de los cientos de globos inflados en el suelo y estalló. Con ello la atención de todos los empleados de mamá se fijó en mí. Mis mejillas se sonrojaron al pensar que podían darse cuenta de lo que acababa de pasar conmigo solo con echarme un vistazo. Por fortuna volvieron a su trabajo a los segundos de haberse detenido. Una de las grandes fiestas de mi familia estaba siendo preparada para esta noche. Servilletas, copas y arreglos florales se alineaban en filas mientras esperaban ser ubicados en sus respectivas mesas en el salón de eventos de mi casa. Había sido bendecida con la oportunidad de crecer entre lujo y belleza, los más dulces aromas, las texturas más suaves y la belleza, pero siempre me había parecido raro que dos tercios de la casa estuvieran hechos para satisfacer a los

invitados en vez de aprovechar ese espacio para saciar los deseos de las personas que vivían allí. Recuerdo todas las veces que mamá se había negado a hacer un salón de baile para Marie refugiándose en la excusa de que no había espacio o cuando, de niños, papá había castigado a Loren por usar el salón para manejar su bicicleta.

Después de volver a ser invisible subí las escaleras y me dirigí directo a mi habitación, en la que lo primero que hice fue arrojarme en el sofá del ventanal y envolverme en mi manta favorita. Hacía frío. Thomas no había podido elegir un día con mejor clima para engañarme. Saqué una bolsa de gomitas dulces de la mesa de noche y empecé a comerlas mientras borraba todo rastro de Thomas en mi celular. Para cuando los invitados comenzaron a llegar y se hizo la hora de arreglarme, ya no había recuerdos de él en su memoria.

Tampoco en la mía.

Estaba segura de que Sierra se había acostado con él porque yo lo tenía y porque era el número uno de Cornualles después de mi hermano, así que me vengaría de ambos encontrando al número uno de un sitio más importante que este diminuto mundo de niños ricos y patrimonios familiares.

NATHAN

—No debería beber más —comenté—. No me pases más *whisky*, por favor.

Se suponía que venía para ponernos de acuerdo con el diseño de las nuevas etiquetas que decorarían sus botellas de vino para la próxima edición especial que lanzarían en unos meses; en cambio, estábamos en una recepción con los hombres del mundillo del licor y sus familias adineradas. Siempre estaba bien con estas fiestas si me brindaban la oportunidad de ampliar mis negocios, pero este no era el caso. La gran mayoría trabajaba para Lucius van Allen, el padre de Loren y mi socio.

—Entonces no lo hagas. —Se encogió de hombros desabrochándose el nudo de la corbata con arrogancia—. No sé si no te has dado cuenta, pero no estoy apuntándote con una pistola cada vez que aceptas una copa. No me eches la culpa de tus acciones, hijo. Aprende a asumir tus responsabilidades.

Puse los ojos en blanco.

—Tenemos la misma edad. No me llames así.

—Pues no lo parece. —Le dio un sorbo a su trago—. Mojigato.

Inconscientemente cerré mi puño libre para estamparlo contra su rostro, lo que no hice por el rugir de mi estómago y el hecho de que si lo hacía perdería a uno de mis mejores contratos. Loren sonrió intuyendo mi intolerancia a los condimentos.

Putos canapés.

—Voy al baño. ¿Dónde está?

La combinación de alcohol y otros hacía mella en mi sistema. Las náuseas estaban empezando. Joder con los Van Allen y su extravagancia hasta en la comida, ¿no podían

conformarse con ofrecer una bandeja de sándwiches de jamón? Hasta aceptaría que usaran fiambre de cerdos voladores.

—¿Puedes indicarle dónde está el baño? —le pidió con una ternura no habitual en él a una bonita morena que pasó frente a nosotros, la cual detuvo tomándola del brazo.

Ella hizo un mohín.

—No, lo lamento. —Se desprendió del agarre de Loren—. Una de nuestras invitadas rompió bolsa. Tengo que ir a cerciorarme de que está todo bien. Mamá está ocupada intentado encontrar a Rachel. Ha estado buscándola por horas para presentarle al hijo de un diplomático, jugando a la casamentera ahora que terminó con Thomas.

Loren hizo una mueca.

—Te acompañaré.

La morena me echó un vistazo de reojo.

—¿Qué hay de él?

El hijo de mi socio se encogió de hombros.

—Estamos trabajando en hacerlo más responsable de sus acciones. —Me ofreció una sonrisa burlona—. Podrá manejarse solo por unos minutos, ¿o no, hijo?

Asentí, a lo que ambos se marcharon. En mi estado de embriaguez no pude hacer más que dejar con cuidado la copa en el borde de la baranda del balcón, acción que tomó casi dos horas, e ingresar a la casa ignorando el sonido del cristal que se rompía y el grito que le siguió, que venía desde abajo.

—¿Dónde está el baño? —interrogué a la primera persona que se me cruzó.

La mujer rubia me observó como si fuera un mono de feria, lo cual no me importó, y susurró algo en el oído de su amiga. Las dos me señalaron un par de puertas blancas al final del pasillo. Al llegar descubrí que ambos servicios estaban ocupados y maldije.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó una dulce voz a mis espaldas.

Cuando me di la vuelta, sentí un golpe en mis pelotas.

El cabello negro se rizaba a la altura de su cintura y contrastaba con la palidez de su piel. Impresionaba cómo su figura curvilínea encajaba a la perfección en la pieza de satén azul que era su vestido, color que a su vez resaltaba el gris de sus ojos, que me recordaban las tormentas, eran de la misma tonalidad que adquirirían las nubes. El rostro de aquella mujer también era una obra de arte; labios rojos y carnosos, pestañas largas que impactaban con sus mejillas, hoyuelo en la barbilla, nariz respingona y cejas perfectamente arqueadas.

No podía creer que tanta hermosura estuviera frente a mí.

—Necesito ir a un baño —mentí.

Lo único que necesitaba era descubrir si la textura de su mejilla era tan suave y cálida como se veía y repetir la operación con cada centímetro de su cuerpo.

La lindura señaló las puertas tras de mí.

—Ahí están.

—Ocupados.

Pensó tanto antes de volver a dirigirme la palabra que creí que no lo haría de nuevo. En ese intervalo no perdí el tiempo, evalué e imaginé el tamaño de sus pechos. No me quejaría si llegaban a llenar mis manos. Sin embargo, al recordar aspectos de mi vida, me reprendí. Las tetas que me importaban eran las de Amanda, ninguna más.

No tardé en olvidarlo de nuevo.

—Ven conmigo —ordenó dándose la vuelta para brindarme la visión de su trasero.

Su vestido tenía corte en la espalda, pero su piel estaba cubierta por una melena oscura. La seguí, embobado, a lo largo de un interminable pasillo.

—¿Qué es esto?

—El cuarto de huéspedes. —Cerró la puerta de la habitación y pasó el pestillo, encerrándonos con una expresión maliciosa—. Aquí hay un baño.

Fue mi guía hasta que me empujó a un sanitario privado. Me situé frente al lavabo de mármol y me limpié el rostro. Las ganas de devolver la cena habían mitigado desde que más de tres cuartos de mi atención estuvieron sobre la morena. Mientras buscaba borrar con agua y jabón la cara de idiota que tenía, un trueno resonó en el exterior. Giré el rostro justo a tiempo para ver cómo pegaba un brinco que consiguió torturarme con el bamboleo de sus senos. Estaba tan bebido que mis prejuicios se distorsionaban. En su lugar la imagen de ella sobre el lavabo, abierta de piernas y conmigo incrustado en su ser se hacía cada vez más nítida; no importaba quién me esperaba en casa.

Hice una laguna entre mis manos y me sumergí en ella por pecador.

—¿Te sientes bien?

No sabía si fue la genuina preocupación que brillaba en su mirada o su acercamiento, pero tal intimidad me empezó a impacientar. Ahora mi mareo era por su presencia y el aroma a melocotón que la caracterizaba, así como su aparente inocencia. Parecía no darse cuenta de los efectos que producía en mí, aunque podría estar sucediendo justo lo contrario, saberlo muy bien y sacar provecho de ello.

De nuevo hubo un borrón de pensamientos, pues se movió hasta quedar a tan solo un paso de mi alcance. Estuve a punto de hacer la señal de la cruz para enviarla lejos, para distanciarme de la tentación.

—Aléjate —dije.

—¿Por qué? —Mi intento de apartarla solo la atrajo más—. ¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

—No. —El pervertido dentro de mí hacía movimientos de empuje con sus caderas mientras asentía—. Gracias por traerme aquí. Pero tengo que...

Repentinamente las luces se apagaron y nos dejaron a oscuras. De inmediato solté un grito. Por instinto acaricié su antebrazo para transmitirle calma. Mis sentidos se perdían poco a poco en ella. El oído al escucharla por primera vez preguntándose si me podía ayudar en algo, la vista al descubrir lo hermosa que era, el olfato al percibir



su aroma a melocotón y el tacto justo ahora, hallando suave su piel, lo que me llevó a preguntarme si pasaría lo mismo con el resto de su cuerpo.

 Mi caída no requirió saborearla.

 Pero aún así, la hice mía.

CAPÍTULO 1

Martes, 27 de julio de 2010

RACHEL

De los cuatro kilómetros que debía correr, solo me faltaba uno.

Eso era lo que me repetía a mí misma una y otra vez para alentarme. Otro de mis métodos para no desfallecer era subir todo el volumen del iPod para así no escuchar el ritmo entrecortado de mi respiración. Estaba agotada. *I Like It*, de Enrique Iglesias, era responsable de mis pasos. Formaba parte de ese porcentaje de la población que no sobreviviría al ejercicio sin música.

A los quinientos metros pasé por enfrente de las bancas y le sonreí a Jim, el hermano de mi ex, en un acto involuntario. Costumbre. El muy presumido, sin embargo, dejó ver el resultado de años usando frenillos al devolverme la sonrisa. Verlo era como presenciar una copia barata de las propagandas de Gatorade. Sostenía un termo con agua y su trabajado pecho estaba expuesto a la vista. Rodé los ojos ante la cantidad absurda de admiradoras que lo rodeaban. Ellas también lucían extremadamente bien en faldas y tacones cuando se suponía que era un sitio para hacer ejercicio, mientras yo, el puerquito que corría tras el trozo de comida por toda la pista, estaba necesitada de un buen baño.

Tan solo faltándome cien metros para acabar, me encontré con que alguien no se había tomado la molestia de retirar la valla luego de saltarla. Para no tropezar ni golpear al que estaba corriendo junto a mí en el canal de al lado, tuve que pasar sobre ella. Por suerte era baja y con facilidad logré seguir corriendo. Odiaba que lo hiciesen. No era la primera vez que una arruinaba mi tiempo. Ahora tendría que esperar hasta el próximo miércoles para averiguar mi actual potencial. En cuestión de segundos alcancé la meta con la decepción de no haberme superado.

Nada de récords por hoy.

—Hola, Rachel —saludó Jim desde el último escalón de las gradas.

No tuve que girarme a identificarlo para saber que se había acercado mientras yo bebía agua. Un saludo no era suficiente para él. Quería baba y halagos. No obtenerlo de cualquier criatura viviente sobre el planeta debía estar matándolo. Era ese tipo vacío de persona. Me erguí sin dejarme afectar por su sonrisa de niño rico bien parecido. No me impresionaba.

—¿Vas a decirme que lo perdone? ¿Que no fue su intención? —Le di la espalda al terminar de beber agua para tomar mis cosas—. ¿Me ama? ¿No puede vivir sin mí? —pregunté con sarcasmo, aburrida ya del asunto, mientras me colgaba el bolso en el hombro. Tanto su familia como sus amigos me habían rogado que le diera una segunda oportunidad, lo cual definitivamente no sucedería—. Si ese es el caso, no, gracias. No estoy interesada en escucharte.

Jim colocó su brazo sobre mi hombro para retenerme.

—Nunca, jamás de los jamases, haría algo así. —El demonio de la promiscuidad me guiñó un ojo con complicidad. Contuve las ganas de vomitar. Olía a basura. En Navidad le enviaría un desodorante—. Estoy de tu parte, nena. Thomas es un idiota.

Me crucé de brazos y levanté una ceja.

—No te creo.

Jim tuvo el descaro de hacerse el herido.

—¿No? —Se acercó más, provocándome una arcada—. Lindura, si yo te tuviera no haría lo que él hizo —declaró negando con la cabeza, incrédulo—. No meteré las manos en el fuego por ese imbécil.

—Me dio una sonrisa de medio lado, una que estaba hecha para seducir, lo cual no hizo más que aumentar mi asco—. Su estupidez te regresa al mercado. Esta vez no me mantendré al margen. Jugaré mis cartas.

Terminó su discurso con otro guiño. Agradecí que se tomara la molestia de retroceder. Estaba a punto de vomitarle encima por la combinación del olor y el asco que me producían sus intenciones. Yo había estado con su hermano por años. Jim casi quería cometer incesto.

—¿Eso es todo lo que dirás? —Pisoteé—. No tengo tiempo para...

—No. —Se relamió los labios—. Tus pechos están más grandes y cuando corres...

Le propiné un pequeño puntapié en la rodilla que, lejos de lastimarlo, cumplió con su objetivo y terminó con el desagradable teatro. Sonreí con malicia al presenciar su mueca. Se lo tenía merecido por pervertido y mujeriego. Con sus quejidos venían las gracias de todas las mujeres del mundo.

—Si ya has terminado con el discurso introductorio a la peor noche que le das a tus citas, digo, víctimas, me voy —le informé.

Hice rodar las llaves del deportivo de Loren en mi mano antes de lanzarlas al aire y atajarlas intencionadamente; mi mirada, una invitación a acercarse. Lo próximo que haría, si se acercaba, sería clavárselas en los ojos. Empecé a andar sin despedirme cuando vi que no sería tan estúpido, puesto que no gastaría más saliva sin necesidad.

—¡No te puedes ir! ¡Carlos me dijo que te dijera que quiere hablar contigo! —gritó.

Dubitativa entre hacerle caso o no, me detuve y traspasé un camino de cemento que me llevaba a las oficinas deportivas del complejo en vez de ingresar directo al estacionamiento. Ya dentro saludé a Sandy, la recepcionista, y con su permiso golpeé la puerta de la oficina de mi entrenador. No planeaba ir a las Olimpiadas, no era

exactamente una deportista nata, pero había pertenecido al equipo de la universidad y de vez en cuando entraba en un maratón por los viejos tiempos.

—¡Pase! —El sudamericano esperaba tras un escritorio con papeles esparcidos. La oficina de Carlos era pequeña y sencilla, todo lo contrario a la de Lucius, pero acogedora—. ¡Rachel! ¡Necesito que me digas si vas a participar en los 10K del fin de semana! —exclamó burbujeante.

Tomé asiento, desconcertada.

—¡Claro! Te di mis exámenes la semana pasada —afirmé, recordando muy bien haberlos agarrado antes de salir de casa y...—. Te los di, ¿cierto?

Su silencio me hizo cubrir el rostro y gemir, infeliz con la idea de tener que ser pinchada de nuevo. Juraba que la carpeta había terminado en su destino, Sandy, pero durante los últimos días había estado muy ocupada con la boda de Marie y el aniversario de mis padres, hecha un lío, y a duras penas me quedaba tiempo para cubrir mis necesidades básicas, por lo que no me extrañaba que los hubiera dejado en casa.

—Sí. Lo que quiero decir es que... —Chasqueó la lengua. Ahora parecía incómodo—. Te apuntaste en la categoría equivocada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin ocultar mi confusión.

Carlos suspiró y se cruzó de brazos, inclinándose hacia mí como si fuera a contarme un secreto. Yo no entendía nada. Siempre me apuntaba en la categoría profesional. No tenía el cuerpo plano que se necesitaba para ser un correccaminos, pero era veloz.

—Rachel... —Se estiró a alcanzar una carpeta violeta, mi carpeta, antes de abrirla frente a mí—. Según estos exámenes entras en la categoría de embarazadas.

NATHAN

—¿Qué necesitas, cariño? —contesté.

No solía atender mi línea personal en horario laboral, pero Amanda siempre era una excepción, sobre todo últimamente. No estaba ciego. Hacía meses que la notaba distante sin motivo, pues estaba seguro de que no era consciente de mi aventura. El maldito error del que vivía arrepentido y que ella nunca sabría.

En condiciones óptimas, no borracho hasta los huesos, mirar a alguien más aparte de Amanda iría en contra de todos mis principios. Nos criamos juntos. Amy era lo único que conocía aparte de los negocios. Desde que éramos niños, en mi futuro siempre estaba ella como mi compañera, mi prometida, futura esposa y madre de mis hijos, en ese orden.

Era lo único indispensable.

En realidad, no se sentía como si la hubiera traicionado, porque no conservaba ningún recuerdo de mierda. Solo recordaba haber despertado junto a una extraña en una de las habitaciones de la mansión Van Allen. Mataría por un puto *flashback* que me ayudara a descartar teorías, pero hasta el momento no existía una escena concreta

en mi mente que me obligara a decir si sí o si no. En lo que a mí concernía, pudimos tanto tomar una siesta como bailar la conga desnudos. Pero no indagaría demasiado en el asunto, no cuando lo único en el mundo que me podía dar respuesta era a su vez lo único a lo cual jamás me expondría de forma voluntaria.

Rachel van Allen.

Ese era el nombre de la heredera menor del magnate del licor. En mi última reunión con él me había dado cuenta de ello, pues Lucius nos sorprendió a todos con su lado paternal al sacar y enseñar una foto de su princesa mimada intentando hacer de casamentero, pero para mí no dejó de ser la cereza del pastel que la muñeca que me había atrapado fuera una arpía de sociedad. Me había pateado de manera mental una y otra vez por no notar su parecido con Anastasia van Allen, a quien sí conocía, desde un principio. De borracho debía tener mala memoria.

Ella no era una monja, por otro lado, como su padre la vendía. Si abusó de mi estado de embriaguez para tener un encuentro sexual conmigo, cuyos fines desconocidos podían ir desde el embarazo hasta decir que fui un abusador, cometió una violación a mi integridad que no permitiría. No le seguiría el juego.

—¿Nathan?

—¿Ah?

—¿Me escuchas? —preguntó con voz suave, para nada irritada por mi tardanza.

Maldición. Me acaricié la frente. Sentía que no hacía más que meter la pata.

—Sí, Amanda. Aquí estoy. —Tosí para aclararme la garganta y borrar el tono de culpabilidad en mi voz. Hizo un bajo sonido de reproche que pasó desapercibido por mí—. Pensaba. Estoy lleno de trabajo hoy. Disculpa.

Suspiró.

—Te llamé para decirte que hoy no podré llegar a casa —informó con un deje nervioso—. Comeré *sushi* con Lucy y otras amigas. Pasaré la noche con ella. Espero que no te incomode. Sé que tenías semanas preparando el maratón de películas para nosotros.

—¿Y eso? —Intenté hacerme el interesado, aunque no me importaba perderme el maratón o que saliera. Confiaba en ella. En realidad, ni siquiera tenía por qué disculparse. Amanda casi no salía con sus amigas. En los últimos días lo estaba haciendo más y eso me alegraba. Merecía disfrutar—. ¿Qué sucedió o qué celebran?

—Nada. Solo queremos conocer un nuevo restaurante en el centro —respondió—. Me quedaré con ella para estar ahí cuando su padre devuelva a su hijo. Está enfermo. La ayudaré.

Cerré los ojos con fuerza.

Ella era un ángel, un lindo ángel, y yo, un maldito.

—No hay problema. Te veo mañana.

—Gracias por entender, Nathan. Te quiero.

—Yo...

Colgó.

Viernes, 30 de julio de 2010

RACHEL

Cinco días.

Tenía cinco días para empacar e irme. Cinco días que también tenían que ser suficientes para despedirme y marchar a Mánchester, donde la tía Laupa esperaba por mí, o para llevar a casa al padre de mi bebé y que Lucius le diera su visto bueno.

No eran precisamente actividades sencillas. La diferencia entre estas estaba en que en verdad odiaría mudarme con ella. Alejarme de Cornualles. Esconderme con mi bebé. ¿Qué clase de vida sería? Hice una mueca. Estábamos en el siglo XXI, ¡por Dios!

Quedar embarazada no era el apocalipsis. Papá debía recapacitar.

Ese era mi deseo más grande, pero en el fondo sabía que no sucedería; papá estaba muy indispuerto a ampliar su mente, así que esperaba que Nathan Blackwood, cuyo nombre hallé escrito en la lista de invitados de mi madre, aceptara ayudarme a asumir la responsabilidad. Según Loren, él había sido el último ajeno a la familia en irse por la mañana, quien resultó no ser tan desconocido, ya que era el socio de mi padre.

Por supuesto que no le había dicho a mi hermano que Nathan era el padre. Nadie lo sabía. Me aseguré de ello. En un principio, cuando desperté desnuda y sola entre sábanas con la certeza de que había hecho algo, le comenté a mi madre que quería una lista de los invitados que se habían quedado a dormir debido a una chaqueta extraviada. Ella me creyó. Loren también lo hizo cuando le pregunté quién había sido el último en irse. Ninguno de los dos sabía que esa noche había perdido mi virginidad o que me habían ayudado a descubrir la identidad del sujeto, a quien no perseguí después de ir al ginecólogo y confirmar que estuviese sana, por lo que mi secreto seguía oculto. Insistía en que así fuera. Sería la primera y única en hablar con Nathan. La culpa era mía también, no de él únicamente. Mi padre lo mataría como si hubiese sido víctima de una violación cuando la verdad era que ni siquiera lo recordaba. No tenía nada que me dijera que había sido maltratada. Ningún golpe o herida, solo con resaca, debido a la botella de vino que había tomado del bar. Actuaría como una adulta. No permitiría que lo atiborrasen con preguntas que intuía no podrían ser contestadas por ninguno de los dos. Si todo salía como esperaba, casados o no, ambos podríamos encargarnos de la personita que se estaba formando dentro de mí.

Para mal o para bien era nuestra.

—Señorita Van Allen, el señor Blackwood la espera en su oficina
—me anunció la secretaria, una despampanante pelirroja de ojos azules.

Tragué antes de dar mi primer paso hacia él.

¿Me recordaría?

CAPÍTULO 2

RACHEL

Recorrí el pasillo e hice los cruces que me había indicado su secretaria; aproveché la situación para tener una idea de Nathan al analizar su sitio de trabajo. Mamá siempre repetía que la decoración decía mucho de una persona. Debía darle créditos por pulcritud. Todo el sitio olía a desinfectante de pino. Los pisos seguramente estaban recién pulidos. El inmobiliario era una agradable combinación entre lo moderno, representado por muebles blancos, y lo versátil. La construcción estaba hecha casi en su totalidad de cristales y sus trabajadores lucían igual de atractivos que la vista de la ciudad que teníamos desde un tercer piso. La embotelladora quedaba bajo nosotros.

Nathan debía ser un egocéntrico, paranoico, obseso.

Lo último me venía bien, porque quería decir que existía la posibilidad de que fuera responsable; lo demás no tanto, ya que seguro Nathan estaba cortado con la misma tijera que mi padre y pegaría el grito al cielo cuando se enterara de mi embarazo. Eso me asustaba. No quería pasar de nuevo por la experiencia que había tenido al darle la noticia a mi papá, quien se enteró por accidente.

Dejé la carpeta con mis exámenes en su escritorio y, al principio, pensó que era una broma. Cuando se dio cuenta de que no era así, sus gritos hicieron que me encerrara en mi habitación bajo llave y alertaron al resto de la familia, quienes no tardaron en llegar. Solo abrí cuando me di cuenta de que no se irían, iniciando un interrogatorio en el que Marie me miró con la misma desaprobación que solíamos dedicar a las chicas fáciles. Y tanto Loren como papá no dejaron de hacer preguntas para intentar descubrir la identidad del padre cuando le dije que no era Thomas, insistencia que se duplicó cuando les confesé que desconocía su nombre y me negué a darles pistas. Mamá, por último, no hizo más que mirar al vacío, reservándose su opinión.

El asunto era que de haber mencionado el nombre de Nathan, no habría cambiado nada; rompí el código de no ensuciar el apellido Van Allen bajo el que fui criada, pero me hubiera gustado tener un poco más de tiempo para convencerlo de que me acompañase o de elaborar una opción C. En cuestión de minutos que consideré eternos, mi madre y mis hermanos me dejaron a solas con mi padre. Él no se acercó a mí. Desde la puerta me indicó que me llevaría con la tía Laupa, la hermana de su madre, porque no estaba dispuesto a presenciar semejante crimen. Añadió que si había sido lo suficientemente estúpida como para ir en contra de su educación, debía ser lo suficientemente fuerte como para asumir las consecuencias.

Eso rompió mi corazón.

Aunque lo merecía por arruinar sus ilusiones de arrastrarme al altar con un buen partido, verme casada antes de dar el paso de tener hijos, simplemente me rompió el corazón. Nunca me había hablado de esa manera, siempre fui su princesita, su favorita, y descubrir que ya no era así me lastimó más que cualquier otra cosa.

Después de que se fue, lloré hasta quedarme dormida.

Ahora lo único que tenía era la esperanza de obtener el apoyo de Nathan. De lo contrario, el domingo marcharía a Mánchester para llevar mi embarazo en paz sin la presión de lo que nuestros amigos, socios de negocios y conocidos podrían decir de mí. Allá tendría los recursos para sobrevivir; papá había garantizado que viviría bien, pero en realidad, me avergonzaba tener que depender de él luego de meter la pata hasta el fondo y me dolía que, a pesar de que sí, había cometido un error, me alejaran cuando más los necesitaba solo por las habladurías. Tampoco quería huir y esconderme como una criminal. Ya no estaba sola. Yo fui quién se equivocó. Mi bebé no tenía por qué nacer y crecer a escondidas en una ciudad desconocida. No lo merecía. Tenía un título, por Dios. Podía independizarme y hacerlo bien por los dos. Crear nuestro sitio en el mundo donde nadie nos juzgase.

No sería la primera madre soltera que luchaba por un futuro mejor.

Barrí las lágrimas que empezaban a descender por mis mejillas debido a la frustración. Tenía que parar de pensar en todo lo malo que pudiera sucederme. Hoy era un día para el optimismo. Debía recordar que yo no había hecho al bebé sola. Los dos teníamos que tratar con ello. Seguro Nathan podría ayudarme a convencer a papá de no enviarme lejos solo apareciendo y tomando su parte de la responsabilidad, entonces podría salir adelante por mí misma sin necesidad de irme de Cornualles hasta que mi familia me perdonase y pudiese recibir su apoyo. Me enderecé como una chica grande y respiré hondo. Llenándome de valor, abrí la puerta.

—¿Qué quieres?

NATHAN

Mis manos sudaban.

¿Qué mierda quería? ¿Qué la había traído a mi oficina?

En vez de mirarla fijé la vista en los documentos sobre la mesa. Un vistazo rápido cuando entró fue suficiente para confirmar que las fotos no le hacían justicia. ¿El tono de su cabello existía de forma natural? Tan negro. Su piel tan pálida. ¿Cómo podía desprender tanta seducción? Usaba un vestido color crema, de corte clásico, sin mangas, que terminaba a la altura de sus rodillas; perdía todo su propósito elegante al abrazarse a sus curvas, convirtiéndose en mi mayor tortura. Sus caderas. Su cintura. Sus pechos. El arco de su cuello. Todo estaba en mi mente y me volvía loco.

Lo odiaba. La odiaba. Me odiaba a mí mismo por no poder parar de pensar en ella.

En un inusual acto de nerviosismo moví el pie, tironeé un cable y, como consecuencia, apagué el ordenador. Gruñí. Eso costó la pérdida de un archivo sin guardar, uno que además de largo era para dentro de dos horas. Nunca mi rendimiento en la embotelladora había sido tan bajo. Necesitaba regresar a mí mismo. No tendría ningún otro mejor comienzo que el negocio que se discutiría en breve. Daba la casualidad de que era con su padre.

Destensé la mandíbula al ver el archivo ya impreso bajo carpetas en el escritorio.

¿Cómo siquiera olvidé que lo había impreso?

—Yo... yo... —tartamudeó.

Arrugué la frente. ¿Por qué tartamudeaba? ¿Estaba enferma? ¿Era eso? ¿Venía a notificarme sobre una ETS? Todo mi mundo dio vueltas. Eso sería la gota que colmaría el vaso, que me diera sífilis o gonorrea, y tuviera que pedirle a Amanda un chequeo. Me cubrí el rostro con las manos antes de mirarla de nuevo.

Si alguien lucía más miserable que yo, esa debía ser Rachel.

—¿Llamo a la ambulancia ahora o después?

Tragó mientras negaba.

—Estoy bien.

—¿Agua?

—No, gracias.

Al percatarme de que estaba comenzando a quemarme la cabeza en busca de la razón de su presencia, nada que ver con una ETS, porque no podía creer que así de mala fuera mi suerte, me pateé mentalmente por haberla dejado entrar en primer lugar. ¿A quién quería engañar? Conmigo no funcionaría. Si quería hacer ojitos, que fuera con su padre. No podía darme el lujo de hacer caso omiso al hecho de que por su culpa no había dormido en semanas y había engañado a Amanda.

—¿Qué quieres? —repetí de forma más amable.

Necesitaba conservar el tono. Aunque fuese una mala mujer, no podía olvidar que tenía negocios importantes con su padre, unos que no me arriesgaría a perder. Además, en vista de que no hablaba, empezaba a asumir que su presencia era para sacarme algo. Probablemente dinero, que le daría si ello significase su partida de mi oficina y de mi vida, pero en vez de abrir la boca y soltar sus exigencias, permanecía callada, lo que me desesperaba. Al rato de mantenerme en suspenso extendió su delicada mano con un sobre sin emitir palabra. Lo tomé con sudor corriendo por mi frente.

Recé para que no fuera una ETS.

A medida que iba leyendo lo que sí resultó ser un examen de sangre, mis hombros se fueron relajando al comprobar que todo iba bien con ella. Su nivel de azúcar en la sangre era normal, sus glóbulos blancos eran algo abundantes y estaba embarazada. La miré con una ceja alzada, sin entender.

¿Qué me importaba a mí si estaba...?

Me tensé.

Rachel bajó la mirada, optando por no decir nada y quedarse de pie como una estatua. Al fin me levanté de la silla, pero no duré ni un par de segundos de pie sin tenerme que apoyar en la mesa. Era imposible que estuviese esperando un hijo y mucho menos mío. Podía ver desde mi posición cómo sus labios se curvaban hacia abajo, pero no sabía si reía o se lamentaba.

Fuera como fuera, ahora todo estaba claro.

Aquella noche se aprovechó de un Nathan borracho para amarrarse a mí. Pero ¿por qué yo de entre tantos hombres en esa fiesta? ¿Por ser el más estúpido? ¿Lo primero que encontró? Era preciosa. Muchos caerían en su trampa por el simple hecho de tratar con semejante rostro de ángel. Yo no era tan tonto. Ni siquiera sabía si era mío. Había ocurrido meses atrás y dudaba que solo mi nombre estuviese en la lista de posibles padres o que siquiera estuviese en estado.

Podía ser cierto, sin embargo.

Ante esa línea tan delgada entre lo posible y lo imposible, mi odio hacia Rachel incrementó. No solo se conformaría con destruir mi vida, también quería manejar las cenizas que quedaran de ella a costa de un inocente bebé.

—¿Qué se supone que debo hacer al respecto? —murmuré a escasos centímetros de su rostro; el miedo de perder a Amanda y la ira hacia ella por ser la causa se apoderaron de mí—. ¿Quieres que me haga pasar por el papá? ¿A cambio de qué, Rachel? Si ya todo lo que puedes ofrecer, me lo diste gratis. Lo siento, pero no quedé impresionado.

A pesar de que las lágrimas descendían por sus mejillas, le fue fiel a su voto de silencio. Eso me dio tiempo para buscar una solución dentro de mi mente. Para llevarla a cabo, me acerqué a la caja fuerte y saqué cinco fajos de mil libras. Esa sería la forma más fácil de acabar con lo que pondría en riesgo su imagen y la mía. Sería fácil hacerle ver a Rachel que lo mejor era deshacernos de él, solo tendría que convencerla de que un niño no me ataría a ella. Estaba seguro de que no tomaría la responsabilidad de criarlo por su cuenta teniendo encima el peso de la opinión de la sociedad y la desaprobación de su familia. No era ese tipo de mujer.

Sin bebé no habría problemas ni responsabilidades no deseadas. Punto.

Fuera de mí le entregué un sobre con el dinero. Ella lo cogió con manos temblorosas y sin entender. Planteé mis pies en el suelo con más firmeza de la usual. No podía dejarme engañar sin importar lo buena actriz que fuera.

—¿Esto es suficiente para que elimines el problema?

Cuando entendió el propósito de mi donación, me dirigió una mirada de horror. No la contradije, yo era un monstruo, pero la idea de perderlo todo por una aventura de una noche me convirtió en esto. Era el amor de mi vida y mi futuro lo que estaba en riesgo. Rachel era bonita, joven y saludable. Podría quedar embarazada de nuevo en un futuro del hombre que quisiera. Ninguno de los dos iba a perder aquí.

—Bien, si así lo quieres... —De repente sonrió de una manera tan carente de emoción que me estremecí—. Así será. —Algo dentro de mí se revolvió. ¿De verdad sería capaz de eliminarlo como un insecto? ¿Yo sería capaz de vivir con mis manos involucradas?—. Me voy, Nathan. No me volverás a ver en tu vida. Te aseguro que no formarás parte de este problema. —Señaló su estómago—. No te conozco, no me conoces, pero pensé que al menos podría contar contigo para esto. Eres despreciable. —La emoción en sus palabras me hizo retroceder. Era algo oscuro y lleno de resentimiento que no me dejaría dormir por las noches—. Te di a elegir, Nathan, y lo hiciste, pero algún día terminarás arrepintiéndote y no te puedo prometer que me digne a escucharte. Soy de las que pagan con la misma moneda, imbécil.

Me congelé.

¿Arrepentirme? ¿Le diría a Amanda?

Me acerqué para convencerla, con más dinero, de desaparecer. No tenía que eliminar el problema, solo mantenerse lejos. Los quería a ella y a su bastardo fuera de mi oficina, de mi empresa y de mi vida. Todavía nada me afirmaba que fuera mío. Rachel retrocedió hacia la puerta ante mi cercanía y ahí me di cuenta de que para mí no había perdón ni vuelta atrás.

Lo había jodido. No había manera de arreglarlo.

—¿Al menos son de verdad? —Maldita sea, no, esas no eran las putas libras en la trituradora y esos tampoco eran los...—. Ups. —Los documentos para la reunión con su padre, sin copias y sin guardar en el ordenador, se unieron a la masacre. Contuve las ganas de gritar y arrancarme el cabello como un desquiciado al ver su sonrisa de disculpa. La bestia que habitaba bajo la máscara de ángel estaba sacando las garras—. No te preocupes. Mi papá no se molestará contigo. Oficialmente he terminado con esto de recurrir a un hombre por ayuda. No los necesito —dictó más para sí misma que para mí—. Yo puedo sola.

Con porte diferente al que tenía cuando entró, se dio la vuelta y así como vino, destrozando mi mundo, se retiró. Después de salir del estado de *shock* en el que me había metido, me arrodillé y comencé a recoger lo que antes habían sido billetes, estadísticas y contratos. Al caer en la cuenta de lo que estaba haciendo, no había manera de que pudiera recuperarlos, los arrojé al piso de nuevo y empecé a golpearme la frente con los puños. ¿Cómo se me ocurrió pedirle aquello? Por más indeseada que fuese la criatura, tenía que vivir. ¿Quién era yo para decir lo contrario? Por otro lado, ¿y si Rachel no era como pensaba?

¿Y si yo la busqué a ella y no al contrario? ¿Y si el bebé era mío?

Tiré lo que quedaba de confeti en mis palmas y salí disparado de mi oficina. No habían pasado ni dos minutos y ya le daba la razón. Estaba arrepentido de mi comportamiento sin tener que esperar la llegada de ese algún día del que había hablado. Mi madre no me había criado para ser un cobarde. Si su hijo tenía sangre Blackwood, lo arreglaríamos. Podría ayudarla sin involucrar a Amanda, encontraría la

manera, pero el bebé tenía que nacer. De lo contrario, no me lo perdonaría jamás. Hallaría la forma de equilibrar las consecuencias de mi error y mi futuro con Amanda en una misma bandeja. Los enviaría a vivir al Polo Norte en un iglú con televisión por satélite. Inventaría algo. Solo necesitaba tiempo para pensar.

Lo solucionaría. Lo haría o no podría vivir conmigo mismo.

Cuando estuve en el pasillo, me encontré con que el ascensor estaba en mantenimiento. Con la tarea en mente de despedir a alguien, bajé las escaleras de dos en dos. En planta baja, al no verla por ningún lado, le describí a Rachel a la recepcionista. No reconocía el tono de urgencia en mi voz.

—¿La mujer de vestido blanco? —Afirmé—. Acaba de salir.

Con su respuesta corrí al exterior y giré el rostro de un lado a otro esperando verla, pero no la encontré por ningún lado. Me di cuenta demasiado tarde de que estaba a bordo de un taxi, alejándose. Intenté alcanzarlo. La llamé. Grité su nombre. Me detuve al ver un cable que descendía de su oreja.

Usaba audífonos.

Dejé caer mis brazos cuando las señas tampoco llamaron su atención. Ahí parado, en medio de la calle, sentí cómo mi vida se resquebrajaba por iniciativa propia a la velocidad de los neumáticos del vehículo.

Desconocía hasta qué punto.

CAPÍTULO 3

RACHEL

«Sola».

Aquella pequeña palabra de dos sílabas torturó mi mente camino a la independencia. La decisión de arrojarme al mar sin salvavidas me situaba en una posición en la que la libertad adquiría otro concepto, tomaría mis propias decisiones y asumiría sus consecuencias, y en la que mi soledad equivalía a la de un grano de arena en invierno. A su vez el cambio de chip era tan brusco y súbito como un terremoto, sin predicciones o regulación del daño que pudiera ocasionar. Me aferraba durante el desastre a la seguridad de estar haciendo lo mejor. Sin su padre presente, con prejuicios ridículos que apuntaran en nuestra dirección, lo mejor para mí y el bebé era hacernos nuestro propio espacio en el mundo, en el que no fuésemos señalados con el dedo y pudiésemos ser felices; uno en el que yo me terminara de forjar para darle todo.

No sabría decir en qué momento empecé a tenerlo como prioridad. No sabía en qué preciso instante entre la escapada y la visita a Nathan lo ubiqué por encima de mí, pero si mi instinto maternal empezó a despertar cuando supe de su existencia, se volvió una feroz aura de fuego a mi alrededor cuando el idiota insinuó que abortara, como si esa fuese una decisión que pudiera tomar por mí, como si no pudiera hacer esto sin su ayuda o la de mi padre. Temblé de rabia. Lo lograría. Ahora que mi sentido maternal había sido activado, estaba segurísima de que jamás volvería a apagarse. Era extraño. Solía aterrarme que alguien resultara importante para mí hasta el punto de volverse indispensable. Ni siquiera a Thomas le permití tal poder, solo a mi familia. Estaba tan acostumbrada a desechar y a desprenderme de las personas en un chasquear de dedos que realmente estaba viviendo en algún tipo de realidad alterna en este momento. Sin embargo, la sensación era innegable e imposible de ignorar.

Mi bebé estaba por encima de todo.

Acabaría con todo lo que impidiera su felicidad.

Me estaba volviendo algo psicópata, lo sabía, pero debía pensar con la cabeza fría. En alto. Ya no más lágrimas. No más dolor. No más arrepentimientos. Estaba convencida de que, de llorar, él lo sentiría; de que, de lastimarme, él también saldría afectado. Si me arrepentía, él lo sabría. No quería que nada de ello sucediera. Ya no. Si tenía que tomar medidas extremas, lo haría. Unos minutos me alcanzaron para trazar un plan, lleno de estrategias y movimientos para lograr mis objetivos.

Las riñas con mi familia acabarían, porque las dejaría atrás. En ellos estaba caer en sus errores por su pasatiempo de juzgar, así como yo ahora quería no sentir su imagen degradada hacia mí y superar mi embarazo. Sabía que no sería fácil, que la venda que tenían sobre los ojos llevaba años allí y que la mía solo había caído por acción de un potente rayo de luz, y que solo el tiempo diría si su decepción pesaba más que su amor por mí. Confiaba, no obstante, en que eventualmente sucedería. Por supuesto que no era tan fría como para no extrañarlos mientras tanto. En realidad, me afligía bastante abandonarlos; mi vida era Dionish, pero quedarme con ellos era exponerme a la inestabilidad y continuar dependiendo del asfixiante abrigo de sus alas. Por más que se rompiera mi corazón, prefería ignorarlos hasta que su perspectiva se volviera más tolerante, hasta que yo me manejara por mí misma.

Mis inconvenientes económicos, cómo me mantendría y a una miniparte de mí, se resolverían antes de que el efectivo en mi cartera desapareciera. Tenía una licenciatura en Administración y unas ganas de superarme que sobrepasaban límites. También la falta de orgullo que se requería para no negarme a ofertas de trabajo cuya naturaleza no entrara en mis viejos esquemas. Mientras tanto alquilaría algo barato y limitaría mis gastos a los necesarios, ahorrando para la llegada del bebé. Sonreí. Era probable que eso no lo pudiera cumplir al saber su sexo. Ya me veía a mí misma saqueando tiendas para darle la más bonita bienvenida.

Llevé las manos a mi vientre. «No te faltará nada», pensé.

Acariciándolo, detecté un poco más que una leve hinchazón, que podía ser por la comida o por algún malestar, pero que quería creer que era por él. Por lo demás seguía plano. El único punto negro en mis planes era mi supuesta soledad, pero ¿cómo podía estar sola si me acompañaba a todas partes? Apoyé mi cabeza en el frío cristal de la ventanilla del taxi, sonriendo.

Ya éramos dos granos de arena en invierno.

—Señorita, ¿ya sabe adónde quiere que la lleve? —preguntó el conductor.

—Sí. —Limpié los caminos que habían dejado las lágrimas. Llevábamos más de media hora recorriendo las calles de Bristol. Mentía al afirmar. Aún no tenía ni remota idea de dónde pasaría la noche, pero por más amable que fuese, no podía permitirme perder más dinero—. ¿Conoce algún sitio que esté en alquiler?

—¿Tiene preferencias? —Negué. Él me miraba desde el retrovisor—. ¿Tiene alta disponibilidad económica? —Repetí el gesto—. Pues... está Broadmead si le gusta lo comercial. —Al captar cómo fruncía la nariz, rio. Adoraba lo comercial al ser una mujer soltera con una extensión de la tarjeta de crédito de mi padre, pero como madre desempleada, no me veía criando a mi bebé al lado de un centro comercial. Demasiada tentación—. Redcliffe si te apetece navegar. Old City si quieres algo más... histórico y tranquilo.

—¿Seguro?

—En realidad, no es la mejor zona de la ciudad, pero el ambiente es bueno.

—¿Qué otro lugares tiene en mente?

—¿A bajo costo, señorita? Ninguno. Esas zonas son las mejores que le puedo recomendar sin que le saquen un ojo de la cara con el alquiler.

—¿Ninguno más? —insistí.

—No, pero en mi opinión Old City está bastante bien. He vivido toda mi vida allí sin tener ningún tipo de incidente —replicó—. Es bonito.

—Bueno... —refunfuñé, despidiéndome de mi vida de mansiones y apartamentos lujosos. Nadie dijo que abandonar el nido sería sencillo—. Vamos a verlo.

Miércoles, 4 de agosto de 2010

Entendí a qué se refería con bonito cuando salí de su taxi. Old City, la ciudad vieja, era el centro histórico de Bristol en muchos sentidos. Entre ellos estaba la antigüedad de su belleza arquitectónica. Muchos de sus edificios seguían siendo los mismos de siglos atrás. Donde me estaba quedando, por ejemplo, los peldaños de la escalera chirriaban por la vejez de su madera y las tuberías estaban un tanto oxidadas. Lo fascinante era que aquellos defectos resaltaban el aire *vintage* y excéntrico de la construcción en lugar de restarle valor. Pero claro, debías tener un ojo experto para saberlo; de lo contrario, solo lo verías viejo y feo.

Además de lo agradable que resultaba a la vista, la zona era fresca y la humedad no sentaba tan mal. Aunque la mitad del tiempo me sentía al borde de la gripe o la hipotermia, la otra mitad me satisfacía a mí misma acurrucándome frente a la chimenea y bebiendo chocolate caliente. Con respecto a mi miedo de estar rodeada de tiendas y personas, no tenía de qué preocuparme. Por mi calle solo transitaban ciclistas, motocicletas y estudiantes. Tampoco, a excepción de floristerías y restaurantes, el comercio era tan marcado.

Un mes atrás Old City no habría estado hecho para mí.

Mi versión alterna y embarazada era otra cosa.

—Rachel, cariño, ¿a qué hora vas a salir? —Brigitte, la esposa de Erwan, el taxista que había terminado alquilándome la habitación que solía ser de su hija, salió de la cocina lustrando una olla. Sus rizos grises se escapaban del pañuelo rosa amarrado a su cabeza que los mantenía lejos de su rostro —. Se hará tarde.

Le eché una ojeada al reloj de búho colgado en una de las paredes tapizadas con espirales de la sala. Cinco de la tarde. En general, los operadores no solían responder a esta hora.

No me iría bien.

—Tienes razón —murmuré dejando de leer el periódico. Más que a buscar empleo iría por un poco de aire fresco—. Voy a cambiarme.

Ella asintió y regresó a su lugar favorito del apartamento, la cocina. La creería un fantasma de no ser por su sonrisa amable y habladorías con la vecina. Estar agradecida con ella por dejarme estar en su casa hasta que consiguiera trabajo, como nos insistió

su esposo a ambas, no me hacía perdonarla por seguir creyendo que era una potencial rompehogares. Por Dios, ¿no veía la diferencia de edad entre Erwan y yo? ¡Podía ser su nieta! Llevados por sospechas que, de ser ciertas, podrían destrozarse su forma de ver el mundo, las personas inventaban de todo. Solo le faltaba decir que era Osama bin Laden usando tetas para pasar desapercibido.

En mi habitación, un cuarto modesto con piso de madera y muñecos de felpa en abundancia, saqué un suéter de segunda mano del armario. Teóricamente agosto era un mes en el que las temperaturas diurnas superaban los veinte centígrados y descendían de forma drástica en la noche para compensar la calidez experimentada, así que hacía frío, y tenía que abrigarnos a mi bebé y a mí, pero mientras transitaba por las calles, «fría» no era un adjetivo que usaría para describir la noche. Se quedaba atrás. Mis manos escondidas en mis bolsillos, mi dificultad para respirar, entre otras medidas para mantenerme en calor, lo comprobaban. Me arrepentía de no haber seguido mis instintos de atarme el cabello en una cola de caballo, ya que me azotaba con violencia el rostro, colándose entre mis labios cuando los entreabría para respirar.

Una celestial sensación de alivio me embargó cuando por fin entré en la cabina. Antes de sacar el montón de panfletos que se arrugaban en el interior de mis vaqueros, tomé aire apoyándome contra la pared de cristal. No encendía mi celular desde que había visitado a Nathan para evitar nuevas decepciones y las ganas irrefrenables de mandar a todos a la mierda a través de un mensaje grupal. La verdad, dudaba de que me quedara batería. Tampoco quería molestar a los Bennett pidiéndoles otro favor al tomar prestado su teléfono, a Brigitte específicamente, por lo que me sentía mejor tomando unas monedas y los volantes que había descolgado de postes. Al recomponerme recobré mi postura, tomé uno al azar y, llenándome de valor, empecé a marcar.

Había llegado la hora de conseguir empleo.

En mi primer intento, mesera en una cafetería, me respondió la contestadora. En el segundo, ama de llaves en un hotel, la recepcionista me dejó esperando de manera indefinida con *Hotel California* de The Eagles. Fue al tercero, asistente en una firma de abogados, que obtuve una negativa formal por no tener un miembro entre las piernas. El hombre que lo solicitaba quería evitar su divorcio aceptando uno de los tantos requerimientos de su esposa: renunciar a las secretarías. Acabé con la llamada, con sus lamentos patéticos de hombre en abstinencia, al activarse mi alarma de coqueteo.

Pensando en su pobre esposa y en lo que haría de estar en sus zapatos, quizás castrarlo con un abogado hasta dejarlo sin nada, desdoblé mi cuarta oportunidad de obtener un sustento financiero como agregada en recursos humanos.

—Bones Marketing, ¿con quién hablo?

—Buenas noches, me llamo Rachel van Allen y estoy interesada en el puesto de ayudante en el departamento de...

—¿Experiencia?

Titubeé antes de contestar.

—Nula.

—¿Aspiraciones?

—¿Conseguir empleo?

—Estaremos felices de recibir su currículum en nuestras oficinas, nosotros la llamaremos. Pase buenas noches, Rachel.

No pude pasar el resto de la noche agotando los volantes. Una madre que esperaba por su turno con dos niños, apretados los tres bajo una sombrilla, lo impidió. Salí abrazándome a mí misma. No tenía experiencia. No encontraría trabajo en mi área a no ser que usara mi apellido. De regreso a los Bennett una mueca dirigida a mi fracaso adornaba mi rostro. Quería llorar. No era mi primer día llamando, tampoco sería el último. En vez de aceptarlo y seguir siendo una realista y fuerte mujer luchadora, mis aspiraciones se redujeron a hallar un sitio seguro para refugiarme mientras el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Quizás eran las hormonas que, junto con las náuseas, empezaban a atacar a diestro y siniestro. Debía ir a hacerme un chequeo lo más pronto posible y a comprar libros de maternidad, crianza y partos, tal vez una saga de vaqueros ardientes con bebés de la que había oído. Cuando la lluvia aumentó, saqué de mis bolsillos las opciones que me quedaban para que no terminaran ilegibles. Al revisarlas por encima noté que una de ellas no era tan lejos; había pasado por ahí el día que Erwan me mostró Old City y su horario era hasta muy tarde.

Inhalé. No tenía nada que perder.

NATHAN

Ser la peor mierda sobre la faz de la tierra no era tan fácil como todos creían. La culpa y la vergüenza embestían contra mí sin piedad. Era trabajar o pensar en dos joyas grises llorando. Mi consuelo era empeñarme en que era un engaño, pero esta teoría perdía credibilidad con el pasar de los días. Mi subconsciente no estaba satisfecho con lo que había hecho. Demostraba cuán decepcionado se encontraba al recordarme lo maldito que había sido con ella dentro de mi cabeza, así como la escena que había presenciado después de la reunión con su familia, como si fuera mi maldita película favorita.

Pasó el mismo día que ella había ido a verme. Había terminado la reunión. Lucius le decía a Loren que su mujer le había contado que Rachel no llegaba a casa, ni respondía sus llamadas, ganándose una mirada de rabia y una salida dramática de su padre cuando no supo contestar dónde estaba su hermana, como si Loren fuese el responsable de su desaparición. Ojalá me hubiese ido apenas terminamos en vez de permanecer en mi silla, aterrado de que se enteraran de nosotros y lo que sea que

tuviéramos, y así no oír cómo su princesa nunca desaparecía sin avisar y lo responsable que era desde los diez años. Ahora me preocupaba saber que Rachel no había llegado, me atormentaba pensar que algo malo le podía haber sucedido, a ella y al bebé si existía, y que, de ser así, sería mi culpa.

Era un hijo de puta.

RACHEL

Los ladrillos rosas a lo Barbie, las flores en abundancia, el viejo cartel de neón que rezaba Ksis y las columnas romanas me producían diabetes. Gracias a Dios, dentro no era tan desagradable. Constaba de una sencilla sala con un futón de piel, zona de lavado, seis sillas giratorias, espejos victorianos y pequeños estantes con equipos de belleza. Conté cinco estilistas. La llama de la esperanza que estaba por extinguirse dentro de mí se avivó. El sonido de la campanilla se me hizo glorioso. Flotaba.

Pataleé sobre la alfombra para no ensuciar el suelo al entrar.

—Buenas noches. —La cajera pelirroja, con tatuajes y muchos aretes en las orejas pegó un salto cuando me acerqué. Los ataques sorpresas eran parte del precio a pagar por usar audífonos—. Lo siento. He venido por el empleo. —Levanté el volante—. ¿Todavía está vacante?

—Estás loca —gruñó colocando una mano sobre su pecho—. ¿Quieres matarme apareciendo como una psicópata a esta hora con este terrorífico clima? ¡Y no! ¡No respondas! —Cerré la boca—. No quiero escuchar tu voz de perro mojado de nuevo. No tenemos empleo disponible —siseó—. Ya vino alguien ayer.

—¿Perro mojado? —¿Ese era el trato a sus clientas? Con razón el local estaba tan vacío. En general, era el dinero de la gente que entraba por la puerta, fuera quien fuese, el que alimentaba a los salones de belleza. Ella era oficialmente la peor recepcionista del mundo—. ¿Cómo que vino alguien ayer? ¡Esto lo recogí hoy mismo y el pegamento aún estaba fresco!

Me echó una mirada de arriba abajo.

—Es que no calificas.

—¿Perdón?

¿Para lavar el cabello tenía que calificar? ¿Asistir a un curso de cómo aplicar *shampoo*? ¿Lucir como alguien que nació para aplicar *shampoo*?

—Que no... —Me miró de nuevo como si fuera un insecto—. Calificas.

Apreté mis manos en puños, adelantándome para tener una pelea ante la mirada y el silencio de las demás estilistas.

—¿Cómo que no?

Antes de que pudiera contestar la campanilla volvió a sonar y apareció un hombre. Su piel era oscura. Un tatuaje de dragón adornaba su brazo derecho. Se podía ver por entero debido a su franelilla. Me estremecí. Debía tener sangre fría para soportar andar tan descubierto. Y también tener mucha seguridad en sí mismo para poseer semejante cresta

arcoíris. Era tan alto que se tuvo que agachar para que su peinado no chocara con el marco superior de la puerta.

—Miranda, disculpa la tardanza, la basura de Ryan se averió.

—De repente la cara de la recepcionista era una máscara de amabilidad—. Cuando llamaste, me dijiste que había alguien esperándome, ¿ya se fue?

—¿No tienes algún puesto más? —me atreví a seguir insistiendo cuando ellos decidieron entablar una conversación e ignorarme, al darme cuenta de que era su jefe. Quizás era el encargado o algo por el estilo—. Lamento interrumpir su conversación, ¿pero podría decirme si tienen empleo?

—¿Qué empleo? —preguntó él como si por fin hubiese captado mi presencia.

—Este. —Le entregué el anuncio—. Ella me dice que ya está cubierto desde ayer, ¡pero lo han puesto hoy! Yo misma lo arranqué esta mañana apenas lo colocaron.

—¿Así que andas arrancando carteles?

—Lo siento. —Él me miró apenado—. Layla vino primero.

—Pero...

—¡Me quemas! ¡Cuidado!

Ambos nos giramos. Una clienta estaba quejándose.

—¡No te muevas! —le gritó la estilista.

—Layla... —La voz del desconocido de *My Little Pony* fue susurrante, pero aterradora. Las presentes nos estremecimos—. ¿Qué te dije de cómo atender a los clientes? ¡Seguro como la mierda que no mencioné nueve mil ampollas en sus cabezas!

Layla, una morena de ojos azules, se cruzó de brazos. Por lo visto era la única no intimidada por la furia punk.

—¿Sabes una cosa, muñeca? ¡Renuncio! ¡Esto no es para mí!

—En medio de su griterío tiró el secador y se dirigió a la puerta—. ¡Púdranse!

Su desaparición fue el fin del espectáculo. Las chicas y yo, incluso Miranda, la recepcionista, nos quedamos en silencio, esperando la reacción del unicornio.

—Realmente lo siento, alguna de mis chicas terminará con usted y le haremos un descuento. —El hombre no se calmó hasta que la mujer asintió. Luego miró a las demás en el negocio y hubo una especie de comunicación telepática, porque de inmediato todas se pusieron a limpiar, recoger o a continuar con su trabajo. Me tomó por sorpresa acercándose y ofreciéndome la mano—. Hola, soy Gary.

Se la apreté.

—Rachel.

—¿Todavía quieres trabajar aquí? —Afirmé sin pensarlo dos veces. Miranda me importaba un rábano. Necesitaba el dinero—. ¿Puedes empezar mañana?

—¡Por supuesto! —respondí sin poder creer que por fin lo había logrado.

—Entonces nos vemos mañana a primera hora.

Lunes, 29 de noviembre de 2010

NATHAN

Amanda odiaba las sorpresas.

Esta era una de esas ocasiones en las que tomar el riesgo valía la pena, porque últimamente nuestra relación se había estado deteriorando de forma significativa. No solo era por mí y el asunto de Rachel van Allen, mi sucio secreto, escondido en las más recónditas profundidades de mi mente, sino también por sus estados ánimo. No sabía si se trataba de alguna jodida cosa femenina o pánico al compromiso, pero en lo que a mí respectaba su sonrisa ya no era la misma. A veces se tornaba tan triste que me cuestionaba si nuestra decisión de formar una familia, de vivir juntos, era la correcta para ella.

Eso era cuestionar el futuro que llevaba años armando.

—No, haz como Helga. —Mi secretaria con catarro que se tomó el día libre—. Hazlo sencillo, Megan. Solo cancela lo de hoy. Tengo... tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Seguro, señor? La gente de los vinos...

—Seguro —la corté colgando.

La gente de los vinos eran los Van Allen.

Solo pensar en ellos era un puto dolor de cabeza.

Dejando de lado lo laboral, cogí de la guantera la delicadeza de plata que contenía mi primera táctica de persuasión para averiguar qué ocurría. El collar de esmeraldas, adquirido en una subasta de objetos de valor, había pertenecido a *lady* Elizabeth Lowell, una viuda londinense que se negaba a casarse de nuevo con el hermano de su difunto esposo, lo que esperaban de ella, pero que al final terminó siendo obligada a contraer nupcias y relatando su trágica vida en diarios. Estos también incluían su amor por el mayordomo y el hijo que ambos tuvieron. No era lo más apropiado para Amanda, las joyas no iban con ella, menos una que arrastrara tanto drama; no estaba a la par con su personalidad: sencilla y dulce.

Pero según Natalie las esmeraldas eran lo mejor para sobornar a una mujer.

Durante mi trayecto por el sendero de grava ajusté mi corbata, me cercioré de tener buen aliento y al llegar le eché una ojeada a mi reflejo en los vitrales de la puerta. Era atractivo, inteligente y maduro, dispuesto a hacer lo que fuera para conseguir lo que deseaba. Definitivamente, un buen partido listo para saber cómo recuperar a su mujer.

Pero no para saber la razón de su lejanía.

Al abrir, la escena con la que me encontré era todo, menos un estímulo para hacerme creer que la brecha que se había abierto entre nosotros pudiera cerrar. Amanda estaba en casa, sí. Era todo lo que un hombre podía desear, lo que yo deseaba para el resto de mi vida, sí. Y el motivo de tanta distancia era que también tenía un sucio secreto: estaba besándose con Helga, mi secretaria.

Mujer.